

COROS ANTITETICOS Y ANTILITURGICOS

(A propósito de las obras de reconstrucción
de la Catedral de Huesca)

EVOLUCIÓN HISTÓRICA.—El coro, lugar destinado a los cantores, primitivamente no constituía parte determinada de la iglesia. Propiamente es parte del presbiterio y debe estar junto al altar, cuando son clérigos los cantores, o bien toda la iglesia, si canta el pueblo en las partes que le corresponden.

Al destinarle sitio distinto, se colocó delante del altar, primero detrás y alrededor después, o bien, según las comodidades del servicio divino, hacia el extremo superior de la nave. «Era un recinto rectangular, de reducidas dimensiones, más estrecho que la nave, delimitado por barreras más o menos elevadas» ¹.

Al multiplicarse el número de clérigos, canónigos, monjes, etc., según las diversas iglesias, se agrandó el coro tomando gran parte de la nave central, a continuación del presbiterio. Posteriormente, en muchas iglesias, en vez de alargarse el presbiterio para dar cabida al coro, se ha desprendido de él, colocándose el coro, con muchos inconvenientes, en medio de la iglesia o en su parte posterior, a partir del siglo XIII.

Sobre todo en España, y principalmente en las catedrales, con mucha desgracia, comenta un liturgista, ha pasado a ocupar el centro de la nave principal ².

Modernamente, para evitar esos inconvenientes, es decir, para que los ritos y funciones sean vistos por todos, o porque al crearse las *scholae cantorum* eran de ordinario los cantores laicos o seglares, se ha constituido el coro en alto encima de la entrada o suspendido en los laterales a manera de tribuna.

DIGNIDAD E IMPORTANCIA, PERO NO PAPEL PRINCIPAL.—Como el presbiterio se destina al clero que ofrece el sacrificio y en él se halla el altar en donde el pontífice o el sacerdote y los ministros ofrecen el sacrificio del cuerpo de Cristo, así el coro se destina al clero que canta y en éste se ofrece el sacrificio de la alabanza, *sacrificium laudis* ³.

Verdadero «corazón» del templo ha sido llamado el coro, con frase altamente ponderativa de la acción y vida que el canto da a las funciones del culto ⁴.

Además del C. Gomá, ya citado, Durando y Sicardo de Cremona destacan el simbolismo místico del coro, que por su elevación sobre el nivel de las naves denota la sublimidad de las funciones corales y la dignidad jerárquica del clero que las desempeña, y por las sillas y graderías del mismo el descanso eterno y las muchas mansiones de la casa del Padre.

Mérito especial, magnífico y envidiable poseen nuestros coros catedralicios, colegiales y abaciales, por su maravilloso arte de talla y decorativo, exquisito las más de las veces, grotesco y aun obsceno las menos, en que los famosos tallistas, generalmente de escuelas renacentistas, han dejado portentos de inspiración y de ingenio.

Ahora bien, reconocido todo ello de buena gana y salvado comprensivamente, cabe destacar una antítesis cultural y un estorbo litúrgico en la existencia de tales coros centrales.

De una parte, no había por qué separar y distanciar de la función sacrificial, que necesariamente se cumple en el altar y en el presbiterio, el culto de la alabanza llevado y alejado al coro, cuando con toda propiedad y buenos efectos debía celebrarse íntegramente en torno al altar. El pontífice o preste que dirige las funciones corales y los clérigos que participan en ellas podían tener su sede permanente en el presbiterio, y estos actos del culto laudatorio guardar como centro inmediato el altar, que representa a Cristo, sumo sacerdote y principal mediador ante el Padre. De tal suerte sería más directa la visión del desarrollo del culto y fácil la participación del pueblo en el canto litúrgico, ya que ahora queda como aislado del coro, ya se halle éste en el centro de la iglesia, ya suspendido en alto a manera de tribuna y prácticamente impedido a efectos de visión, audición y conjuntamiento de masa coral entre cantores oficiales y pueblo.

Por otra parte, el catolicismo en el dogma por la comunión de los santos, en la moral por el precepto de la caridad y en la vida sobrenatural por la liturgia, es esencialmente «social». «La Iglesia, cuerpo místico de Cristo, imprime a todas sus manifestaciones, a todos sus actos culturales, a todos sus ritos y fórmulas, el carácter de colectividad, o mejor, de comunidad» ⁵.

«En el catolicismo el hombre no está solo nunca; para encontrar un hombre entregado a un aislamiento solitario y sombrío, personificación suprema del egoísmo y del orgullo, es necesario salir de los confines católicos» ⁶.

Fuera, pues, de la institucional división jerárquica de sacerdocio y pueblo, de clero y fieles, altar y templo, presbiterio y naves, en la iglesia y en el culto no son tan puros y auténticos otros estamentos sociales o divisiones de lugar y participación litúrgica.

MOVIMIENTO DE RESTAURACIÓN LITÚRGICA.—Al compás del movimiento de restauración litúrgica que felizmente vivimos en la actualidad, en muchas iglesias se han realizado obras para desplazar de sus naves centrales los coros que impedían al pueblo fiel la directa visión del altar. La idea ha sido generalmente bien acogida, el movimiento continúa y cada vez son mayor número las catedrales españolas que recobran su esplendor arquitectónico y su sentido litúrgico al desembarazarse del coro central, pasar éste a rodear el altar y dejar sus naves libres y limpias en su majestuosa amplitud y esbeltez.

Queremos traer una opinión muy autorizada. Con motivo de las obras que parece van a realizarse en la catedral de San Marcos de Venecia para dejar abierto y a la vista del público su altar mayor, recientemente ha publicado «L'Osservatore Romano» sobre la materia un comentario del que copiamos:

«Después de la aplicación del Concilio de Trento, la regla general de las iglesias latinas, grandes y pequeñas, es que la visión del presbiterio esté abierta a todos los ojos y a todos los fieles. Es la nueva mentalidad litúrgica que pone el centro de la piedad religiosa en el santo sacrificio de la misa. La visión entre el presbiterio y el espacio reservado a los fieles se obtiene con una balaustrada baja, o todo lo más con cancelas que manteniendo la separación física y personal del clero celebrante y de los fieles permiten a unos y a otros la plena libertad de seguir contemplando con holgura de mirada y de espacio el desenvolvimiento de las sagradas ceremonias»⁷.

Es más, la Acción Católica y todo el amplio movimiento litúrgico y de restauración cristiana, viene educando a los fieles en el sentido de una más íntima compenetración con la Iglesia, de un más perfecto conocimiento y directa asociación a las cosas y actos del culto y de la vida sobrenatural, los cuales luego se sienten decepcionados por no poder participar personalmente y seguir a gusto y comodidad las ceremonias y funciones que en las tales iglesias y especialmente en las catedrales se celebran o se podrían celebrar.

A la luz de tales consideraciones y a la vista de estos hechos, creemos totalmente infundado el juicio de quienes estiman que las catedrales son para los capítulos y para las funciones corales, pero que no están destinadas al servicio de los fieles. Conforme con que en ellas no se celebran las funciones parroquiales, pero en la catedral está la

sede y cátedra del prelado, en ella se han de desarrollar los cultos solemnes de la Semana Mayor, Pascua, Corpus y en general todo el rito pontifical, como también es muy indicado que sea la catedral el centro y el lugar de ciertos actos extraordinarios o cultos ocasionales, como Día del Papa, Día del Obispo, misiones, rogativas, centenarios o jubileos, recepción oficial de una alta jerarquía, etc.

EL CORO DE LA CATEDRAL DE HUESCA.—El caso de nuestra catedral es uno más y cae de lleno en las observaciones que preceden. Me atrevería a afirmar que los inconvenientes de hallarse situado el coro en el centro de la misma se encuentran agravados en nuestra catedral.

Obsérvese que el presbiterio es relativamente pequeño, de reducidas dimensiones, y el altar se halla muy adentrado, circunstancias que hacen que el trono episcopal, por ejemplo, quede invisible a buena parte de la iglesia y que las ceremonias que se desarrollan allí, en el trono y aun en el altar o presbiterio, principalmente en la Semana Santa, no pueden ser presenciadas ni seguidas, por tanto, desde toda la iglesia.

Más aún, el coro está inmediatamente pegado al crucero, es decir, ocupa la cabeza de la nave central, lo que hace que las naves laterales queden casi del todo ocultas y totalmente el trascoro a cuanto se celebra arriba.

Y no es solo ni el mayor inconveniente la falta de visibilidad y exposición del admirable retablo de alabastro en estilo renacentista de Damián Forment, sino que el principal lo constituye la imposibilidad de situarse los fieles y de presenciar y seguir lo que se está celebrando. Se da con frecuencia el caso de que en los pontificales en que hay bendición papal se retiran los fieles antes de ser impartida aquélla, por no ver el desarrollo de las ceremonias o no oír el anuncio que de ella se hace y creer que todo ha terminado con el final ordinario de la misa.

Alguien propone rasgar la parte posterior y sustituirla por una vidriera, al estilo de lo hecho en la catedral de León, pero tal solución sólo consigue que sea visible el retablo mayor desde el trascoro y desde la puerta de entrada, pero nada soluciona en el orden del culto y de la comodidad y vida litúrgica de los fieles.

Para el traslado del coro, o sencillamente el levantarlo, se alega que se desarticula el conjunto de la sillería, obra de notable mérito artístico, aunque sea un renacimiento pegado a un clásico gótico, o que no hay sitio para colocarlo íntegro. Damos a conocer dos proyectos o proposiciones:

Don Antonio Durán Gudiol, competente canónigo archivero de nuestra S. I. Catedral, tiene hecho un estudio y trazado un plano, todo inédito, por el que propone trasladar la parte de sillería doble necesaria para los capitulares y beneficiados al presbiterio, debidamente agran-

dato, sin que cubrieran en lo más mínimo el retablo y dejando despejado y a la vista de los fieles el altar y el trono episcopal; otra parte de la sillería baja se dispondría a manera de «vía-sacra» para asiento de las autoridades, y el resto en la sala capitular como sitiales para juntas y reuniones del cabildo o similares.

Finalmente, otra solución más radical sería trasladar íntegro el coro y, con tantos objetos valiosos de la catedral, montar un rico museo que muy bien podría instalarse en la actual parroquia, si previamente se volvía ésta a la catedral, con lo que ganarían la catedral, la parroquia y los fieles.

Cualquiera de estas dos soluciones dejaba despejada toda la nave central y con ella las naves laterales.

JOSÉ CLEMENTE LALUEZA

1. DOM GRÉA, *La Sainte Liturgie*, p. 125, 129.
2. P. VILARIÑO, S. J., *Puntos de catecismo*, n.º 886.
3. C. GOMÁ, *Valor educativo de la liturgia*, p. 389.
4. CAUMONT, *Abécédaire d'Archéologie*, n.º 77.
5. A. KOCH, S. J., y A. SANCHO, C. M., *Docete*, t. IV, p. 220.
6. DONOSO CORTÉS, *Ensayo sobre el catolicismo*.
7. «L'Osservatore Romano», 24 junio 1955.

